

Voces de Bohemia
Visiones de la pérdida del hogar
en la literatura en lengua alemana
de Bohemia. Un acercamiento desde
los estudios espaciales

Edición Carme Bescansa

ÍNDICE

Un primer acercamiento, <i>por Carme Bescansa</i>	7
Bohemia en el tiempo y en el espacio, <i>por Carme Bescansa</i>	15
1. El marco histórico. Surgimiento, desarrollo y ocaso de Bohemia	15
2. Reflexiones sobre el espacio y el hogar. Marco teórico	22
2.1. El espacio, el Este alemán, Karl Schlögel	22
2.2. Espacio y 'spatial turn'	26
2.3. El concepto de hogar en los estudios espaciales	30
“Buscar lo que nos une tras lo que nos separa”, Josef Mühlberger, <i>por Carme Bescansa</i>	33
“El hogar está allí donde estén las personas”, Gudrun Pausewang, <i>por Maite Aperribay</i>	57
“El marco de mi vida, lo estable, lo permanente”, Lenka Reinerová, <i>por Maite Aperribay</i>	75
“Hogar es una palabra mágica”, Hugo Scholz, <i>por Garbiñe Iztueta</i>	93

© Edición Carme Bescansa, 2013

© Entimema, 2013
Fuencarral, 70
28004 Madrid
Tel.: 91 532 05 04
Fax: 91 532 43 34
www.entimema.com

Voces de Bohemia.
Visiones de la pérdida del hogar en la literatura en lengua
alemana de Bohemia. Un acercamiento desde los estudios espaciales

ISBN: 978-84-8198-877-2
Depósito legal: M-17.885-2013
BIC: DSBH

“¿Cómo se convierte un nuevo país en hogar?”, Annelies Shwarz, <i>por Garbiñe Iztueta</i>	121
“Mi hogar es lo que escribo”, Johannes Urzidil, <i>por Carme Bescansa</i>	145
“A cuatro manos o partituras nacionales”, Hellmut Walters, <i>por Waltraud Kirste</i>	167
Bibliografía	187

UN PRIMER ACERCAMIENTO

Carme Bescansa

Bohemia se asocia en nuestro imaginario colectivo con una actitud vital y con una atmósfera humana heterodoxas, propias del mundo del arte; y no obstante, más allá de esa dimensión encarnada por Max Estrella en la celeberrima obra de Valle-Inclán, da nombre a una región histórica de una riqueza cultural y lingüística excepcionales. En este sentido, es lícito entender Bohemia, pero la Bohemia de Centroeuropa, como sinónimo de arte. A la vez, tal definición de ese espacio desde un punto de vista estético, y no geográfico ni político, nos alienta a fijar la atención en un fenómeno acontecido en el transcurso del siglo XX y que es el objeto del presente estudio: la pérdida paulatina y finalmente desaparición de esa Bohemia mosaico de culturas y en concreto de su legado alemán.

En esta obra se aborda la producción literaria en lengua alemana surgida en ese espacio geográfico y en unas circunstancias históricas muy concretas: las de las autoras y autores que vivieron en primera persona la desaparición de su hogar. Dicho hogar se localizaba en zonas de mayoría étnica alemana, los Sudetes, que hasta 1918 formaban parte del Imperio Austrohúngaro, y que a partir de los Tratados de Versalles pasaron a corresponder

“¿CÓMO SE CONVIERTE UN NUEVO PAÍS EN HOGAR?”

Annelies Schwarz

Garbiñe Iztueta

Annelies Schwarz se refiere a su labor como escritora de literatura infantil y juvenil como una necesidad, como la necesidad de brindarles a los lectores jóvenes la oportunidad de acercarse a la literatura como alimento, para poder abrir la visión del mundo a través de lecturas sobre temas como migración, extrañamiento, familiaridad, encuentro con otras culturas (conferencia en *Kunstverein Hochfranken Selb*, 12/10/2012). Comprende su escritura en relación con su constatación de que es imposible encontrar un mundo a salvo y equilibrado, ni siquiera para los niños. Esta constatación hizo ella misma durante su niñez y precisamente esa ausencia de un mundo a salvo la llevó a buscar su camino a través de la lectura y más adelante de la escritura.

La autora nació en 1938 en Trautenau, en una familia alemana de los Sudetes, en la que como en otros muchos casos el padre debió acudir a la guerra. En 1945 y antes de tener noticias del paradero de su progenitor con sólo siete años Annelies Schwarz inició junto a su madre, abuela, hermana mayor Christl y hermano más pequeño Wolfgang su viaje como expulsada de su Trautenau natal.

Empezó en el verano de 1945, cuando la familia fue expulsada de Prausnitz, próximo a Trautenau, y fueron trasladados en primer lugar hacia el sector alemán ocupado por los soviéticos, Sajonia, de donde continuarían en segundo lugar a Turingia, y más adelante seguirían al sector británico, a Hannover. Se trató de un viaje con varias paradas, como los meses transcurridos en una pequeña localidad en los Montes Metálicos, o incluso los años en los que provisionalmente se establecieron en Gößnitz, Turingia. Se trata de altos en el camino en los que Annelies y sus hermanos se escolarizaban, incluso en los que en ocasiones la madre lograba trabajo. Fue durante su estancia en Gößnitz cuando el padre los pudo encontrar y se reagrupó la familia en la Navidad de 1945. El viaje que supuso la pérdida de Bohemia como hogar continuó hasta Hannover, cuando el padre se trasladó allí solo en busca de trabajo y un lugar donde empezar una nueva vida, antes de que toda la familia se reuniera con él.

Tras esta larga odisea, relatada en sus dos volúmenes autobiográficos *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia* (*Wir werden uns wiederfinden: die Vertreibung einer Familie*, 1981) y *La frontera –yo la percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste, 1945-1950* (*Die Grenze –ich habe sie gespürt: Eine Kindheit in Deutschland-Ost und Deutschland-West, 1945-1950*, 1984), la familia Schwarz se estableció en Hannover entre 1949 y 1950. Allí fue escolarizada Annelies Schwarz y acudió a la universidad a estudiar Pedagogía y Artes Plásticas, estudios que realizó entre Hannover y Berlín. Hoy día reside en un pueblecito cercano a Bremen y sigue desarrollando sus actividades docentes y artísticas en una clara actitud comprometida con la reconciliación germano-checa.

Desde 1973 está profesionalmente activa como profesora y artista plástica independiente en Berlín y Bremerhaven, en una trayectoria que deja claro su interés centrado siempre en el mundo de la infancia. Durante ocho años, entre 1972 y 1980, realizó una inmersión en la docencia universitaria impartiendo

el curso titulado “Juego y teatro infantil” (“Spiel und Kindertheater”). Posteriormente en 1981 inició su carrera como escritora precisamente con su primera novela infantil y juvenil autobiográfica *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia*, carrera literaria en la que ejerce no sólo como narradora, sino también como autora lírica y de obras de teatro para niños y jóvenes. Es significativo el hecho de que su biografía y trayectoria estén recogidas en la página web del Goethe Institut de Sudáfrica en el apartado “Escribir sobre África” (“Schreiben über Afrika”) sobre autores alemanes con temática africana. La explicación se debe a que, ya desde 1981 y en el marco de su labor como pedagoga y artista, ha desarrollado un estrecho contacto con Ghana, concretado en la dirección de numerosos proyectos creativos a través de los cuales ha estado en contacto con artistas y jóvenes del continente africano.

Efectivamente el tener que abandonar el lugar de origen, la inmigración, la separación de los niños y sus familias han sido una constante en la labor docente y literaria de Annelies Schwarz, quien afirma: “desde muy pequeña fui consciente de que no existe un mundo a salvo, ni siquiera para los niños” (Schwarz, 2009: 56). La autora apunta a los miedos, inseguridades y sentimientos de inferioridad que se asentaron en ella como resultado de las vivencias de la guerra y posguerra como parte de una familia desplazada. Pero también insiste en el valor curativo de las conversaciones e historias relatadas en el círculo familiar, en el poder curativo de la literatura: “siempre recurría a los mundos de fantasía, para sentirme como en casa” (Schwarz, 2009: 57). Por todo ello, Annelies Schwarz explica que su labor literaria surgió, una vez llegada a su edad adulta y siendo ya madre de tres hijos, unida a su propia experiencia de guerra, de pérdida del hogar y del descubrimiento de humanidad en momentos de miedo y desfallecimiento. Las diversas guerras de la década de los años noventa en Irak y en varios países de

África, que propiciaron la llegada a Alemania de niños solos refugiados, consolidó a Schwarz en el tratamiento de las experiencias de migración como consecuencia de las guerras, del encuentro de estos niños con otras culturas, de ser diferente y ser tratado diferente tras la pérdida del hogar, etc.

Schwarz concibe su labor de escritora como creadora de alimento, ya comentado más arriba: alimento para los adultos, para hacerles conscientes del ataque que supone una guerra iniciada por los mayores en la vida de los niños, recordarles que un conflicto bélico supone la destrucción de sus expectativas vitales; y alimento para los jóvenes, para que puedan sentir la vida de sus padres y abuelos, comprender mejor su propia historia, así como conocer a través de la experiencia personal de Schwarz la humanidad que a pesar de todo perdura y proporciona esperanza y seguridad (Schwarz, 2009: 58). Aparte de las dos novelas ya citadas (*Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia* y *La frontera –yo la percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste, 1945-1950*), Annelies Schwarz ha publicado una larga serie de novelas y relatos para el público juvenil, donde se trata constantemente la pérdida de un hogar por parte de protagonistas niños y/o adolescentes en circunstancias muy variadas (migración por pobreza, por conflicto bélico, por pérdida de padres, etc.), el encuentro con una nueva realidad cultural, la convivencia de niños de distintas procedencias y experiencias vitales en la escuela, los problemas cotidianos de dicha convivencia, etc.

En estos principales ámbitos temáticos elaborados por Annelies Schwarz en su amplia narrativa (comunicación intercultural, migración, experiencias de extrañamiento y familiaridad, encuentro con otras culturas) se encuentran directa o indirectamente presentes los temas de la identidad y/o su pérdida, así como del hogar y/o su pérdida. Para el presente estudio se han tomado sus dos primeros volúmenes publicados *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia* y *La frontera –yo la*

percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste, 1945-1950, basados en la propia experiencia autobiográfica de Annelies Schwarz, para abordar su elaboración literaria de la pérdida del hogar.

En ambos volúmenes se relata su odisea hacia el oeste tras haber sido expulsada junto con su familia de su Trautenau natal. En *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia* se cuenta la trayectoria de la familia Schwarz entre el final de la Segunda Guerra Mundial y la Navidad de 1945. Tras una introducción en la que se explica al lector los datos más importantes sobre la historia de Bohemia y las tensiones que la caracterizaron, con mapas del territorio centroeuropeo de 1914, 1918, 1938, 1939 y 1945, y con datos concretos sobre los desplazados en general y los originarios de Checoslovaquia en particular, se relata el viaje de varios meses con distintas estaciones desde Trautenau hasta Gößnitz, Turingia, una distancia de apenas 280 kilómetros, hoy en día cubierta en menos de tres horas.

El relato comienza con la descripción de los últimos tiempos de la guerra, con sobresaltos en el pequeño pueblo de Bohemia cuando sobrevuelan aviones y se escuchan los estruendos de las bombas lanzadas, la noticia del final de las hostilidades, la incertidumbre sobre el paradero del padre, las primeras noticias de desplazamientos de alemanes desde territorios en ese momento ya soviéticos y la descripción de los silesios que, expulsados de sus hogares, pasan por el pueblecito en dirección oeste en busca de un nuevo hogar. Estos primeros meses del año 1945 transcurren en relativa tranquilidad en el seno de la familia Schwarz, en convivencia amistosa con sus vecinos checos, hasta que un día ellos mismos se ven afectados por la política de expulsión.

Con el padre aún en paradero desconocido tras el fin de la guerra, madre, abuela, hermanos, la niñera Marie y la propia Liese partirán en un carro tirado por caballos hasta una fábrica de Arnau, desde allí en un vagón de ganado a Reichenberg (actualmente Liberec, en la República Checa), para seguir al día

siguiente adentrándose en el sector ocupado por los soviéticos hasta Dresde, una vez más en un vagón de ganado. Tras varios días en un campamento de refugiados en Dresde, se dirigen en un tren repleto hacia un pueblecito de los Montes Metálicos entre Sajonia y Bohemia, donde realizarán una estancia más larga en la escuela del lugar en condiciones ínfimas, pero donde el entorno natural le hará sentirse a la pequeña Liese más en casa, aun con todas las penurias de su vida de deportados. Con la amenaza del tifus terminará esta estancia en los Montes Metálicos, para seguir su odisea, que por enfermedad de la abuela tendrá una parada más prolongada en un campamento de Gößnitz, Turingia. En este lugar los niños serán escolarizados y la madre logrará un trabajo en una fábrica de sombreros. En el otoño de 1945 se une a ellos el padre, quien ha sobrevivido a la guerra y los ha podido encontrar gracias a las notas que su mujer ha ido dejando en cada estación de trenes por la que han pasado.

En el segundo volumen, *La frontera –yo la percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste, 1945-1950*, también autobiográfico, se relatan los años entre 1945 y 1950, durante los cuales la familia Schwarz intenta construir una nueva vida en Gößnitz. Como en el caso de millones de desplazados, la familia Schwarz, tras abandonar el campamento de refugiados, se instala en una habitación que les ha sido asignada por su condición de desplazados, con unas condiciones limitadas de higiene, con fuerte humedad y frío en invierno, y con tal escasez de comida que los lleva a pedirla en las granjas de los pueblecitos de los alrededores. El relato de su vida cotidiana muestra los derroteros de la política y de la economía de posguerra en el sector soviético: el padre debe aprender ruso para adaptarse al nuevo entorno, en la escuela se producen despidos repentinos en el profesorado y el mercado negro y de trueque es una baza fundamental para la supervivencia, tanto entre niños como entre adultos. La pequeña Liese construye sus nuevas amistades en la escuela

y aprecia la amabilidad y generosidad de los habitantes del lugar. El año 1948 marcará un hito en la vida familiar, cuando el padre intenta labrarse un futuro en Alemania Occidental coincidiendo con la reforma monetaria, y tras un periodo en Fráncfort se establece en Hannover. Allí encuentra trabajo en la construcción, lejos de su anterior profesión de abogado, y además se dedica a buscar un alojamiento donde toda la familia pueda vivir, mientras ésta aguarda en Gößnitz. En este segundo volumen se recogen asimismo las semanas durante las cuales la madre también se establece en Hannover en busca de un empleo, el viaje que posteriormente emprende el resto de la familia, a excepción de la abuela, desde Gößnitz, para reencontrarse con los padres en Hannover, lo que implica cruzar la frontera entre Alemania Oriental y Alemania Occidental, en verano de 1949. Tras unos meses de estancia en un campamento de refugiados, al final de este volumen la familia aún no ha conseguido una residencia definitiva, sino tan sólo una vivienda provisional y la voz narradora termina cuestionándose hacia dónde se dirigen en esa época de crecimiento y progreso.

BOHEMIA EN SU OBRA

La representación del hogar y su posterior pérdida se caracteriza tanto en *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia* como en *La frontera –yo la percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste, 1945-1950* por la yuxtaposición de imágenes muy distintas, por la combinación de visiones positivas y negativas.

La primera imagen del hogar de la protagonista y narradora Liese Schwarz está impregnada por la imponente presencia de la guerra: se trata de un espacio marcado por la ausencia del padre, por la amenaza de aviones bombarderos, por una guerra que en el año 1944 cada vez tiene mayor presencia en su hogar, tal

como se aprecia en el primer capítulo “Recolección de manzanas. Aviones en el cielo. No disparan sobre los niños” de *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia*. La presencia de policía alemana en el pueblo durante la guerra y la presión para alojarlos en la casa bajo el reproche de no prestar suficiente apoyo al nacionalsocialismo, la llegada de los soldados rusos al terminar la guerra y el miedo que invade a las mujeres y chicas alemanas, todos estos hechos hacen alusión, sin entrar en imágenes más crudas, a la tensión vivida por los alemanes de los Sudetes no simpatizantes con el nacionalsocialismo durante el Tercer Reich y el peligro y terror posteriores ante la persecución por parte de las tropas rusas.

Por otro lado, estas imágenes de guerra, amenaza, expulsión y vida errante en los caminos en busca de un lugar que los acepte están compensadas por muchos elementos de humanidad. La vida cotidiana plasmada por Liese en Bohemia se desarrolla en un hogar caliente, con las necesidades cubiertas, una vida relativamente tranquila, donde destaca la convivencia entre checos y alemanes, donde todos los niños juegan juntos aunque no hablen el mismo idioma, donde los vecinos checos socorren a los vecinos alemanes en situaciones de necesidad y persecución tras el final de la guerra, un hogar adonde llega también algún militar ruso humano y compasivo. Juega un papel muy importante la figura del vecino checo Pavelka, personaje que representa el discurso conciliador entre alemanes y checos en claro contraste con el marco histórico de la Guerra Mundial y de la posterior expulsión de los alemanes de Bohemia. Se trata de la voz que, junto a la madre, ofrece a los niños las aclaraciones y explicaciones críticas sobre los conflictos históricos y los problemas de Bohemia, como en el capítulo “Con la paz padre volverá a casa. Checos y alemanes conviven. Navidades”, en el que aborda la ocupación de los checos por parte de los nazis y su destino tras el final de la guerra, o en “¿Qué nos llevamos, qué dejamos aquí? La última noche en casa. Así termina una

gran pieza de la Historia”, donde resume la llegada, asentamiento e injusta expulsión de la población alemana de Bohemia. En definitiva, el hogar bohemio de Schwarz está retratado como una convivencia natural entre checos y alemanes a pesar del contexto problemático de los Sudetes.

Sin embargo, esta imagen conciliadora en la época de guerra se ve ensombrecida por los rumores de la expulsión de los alemanes en primer lugar de Silesia, y más tarde de la propia Bohemia, tal como se plasma en el capítulo “Refugiados. No pueden volver a casa, llega la noche” en *Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia*. La visión de los expulsados silesios que cruzan el pequeño pueblo sirve como advertencia de lo que sobrevendrá a la familia Schwarz, aunque a Liese le produzca incredulidad: se plasma así en este capítulo la incapacidad de niños y adultos que disfrutaban de un hogar para imaginar las ínfimas condiciones, el sufrimiento y las enfermedades que afectan a los refugiados, penurias similares a las que los Schwarz sufrirán posteriormente. Se insiste en el contraste entre el hogar de Liese en Bohemia y lo que deberá sufrir más adelante, tras la pérdida del mismo.

Si la representación del hogar en Bohemia se caracteriza por la dicotomía entre luces y sombras, la representación literaria de la pérdida del hogar en 1945 y el desplazamiento geográfico de Liese y su familia hacia el Oeste con distintas estaciones se construye en forma de un viaje no lineal, con inesperados desvíos y altos en el camino. Todo ello se plasma en ambas novelas de Annelies Schwarz de una forma muy plástica, a través de acciones, diálogos e imágenes cotidianas. Tratándose de ejemplos de literatura juvenil, se aprecia el esfuerzo por la claridad del mensaje transmitido, en una época convulsa, una situación históricopolítica complicada y la experiencia vital de la expulsión sin orden ni lógica humana. Del mismo modo, se palpa en ambas novelas el esfuerzo por acercarse al público juvenil relatando la historia desde la perspectiva narrativa subjetiva de la pequeña Liese.

La pérdida y alejamiento del hogar desde el momento en que deben abandonar su pueblo natal Prausnitz con unos pocos bultos y en un carruaje se entremezclan con encuentros y desencuentros, con pérdidas temporales y definitivas de personas que han formado parte de la familia, una *montaña rusa* emocional de despedidas y reencuentros: el paradero desconocido del padre tras finalizar la guerra, la pérdida de la niñera Mariechen al caer enferma en Neustadt y no poder continuar el viaje, la partida del padre a Alemania Occidental en busca de un futuro mejor, la pérdida temporal de la abuela, quien permanece en Gößnitz mientras la madre y los niños se reencuentran con el padre en Hannover. Todo ello, paralelamente al progresivo alejamiento geográfico del hogar en Bohemia, distancia a los personajes emocionalmente de todo aquello que conformaba su hogar hasta 1945.

En cuanto a las condiciones de vida, los altibajos durante los cinco años que dura la odisea hasta el asentamiento en Hannover también producen la sensación alterna de proximidad y lejanía de ese hogar perdido. El periplo iniciado en furgones repletos de expulsados, pasando las noches en estaciones a rebosar, parece mejorar al acceder a campamentos de refugiados, para volver a verse hacinados a las noches siguientes en una nueva estación. De igual modo, la estancia en el campamento del pueblecito de los Montes Metálicos, donde Liese ha empezado a sentirse como en su hogar, rodeada de naturaleza y paisaje muy similar a su Bohemia natal, termina de forma abrupta para trasladarse a Gößnitz ante la amenaza de tifus, y más tarde se verán obligadas a volver al campamento de refugiados tras haber vivido un periodo más “normalizado” e integrado con los habitantes locales, en la habitación de una casa en Gößnitz. No es un viaje lineal en esa reconstrucción, pues se trata obviamente de una narrativa de expulsión. La relación que se va formando en cada personaje con el concepto de hogar en el transcurso de este viaje de expulsión y búsqueda de un nuevo espacio propio asimismo pasa por altibajos, replanteamientos, reconsideración pero

también refuerzo: cada personaje se enfrentará de forma distinta a la experiencia de pérdida, dependiendo especialmente de la generación a la que pertenece. En relación con ello es interesante observar la presencia de distintos conceptos de hogar en la novela.

La abuela de Liese concibe su hogar irremediamente unido al espacio geográfico. En consonancia con su generación, ella representa una concepción tradicional de hogar y su periplo como expulsada está dominado por el recuerdo y por la esperanza de volver a su casa de Prausnitz. Se puede decir que su perspectiva es, junto con la de la niña Liese, la más emocional en comparación con la de otros personajes. Se trata de una figura fuerte y con convicciones políticas, morales y sociales que defiende en cualquier ocasión. Ella representa la voz más abiertamente crítica con cada época: se enfrenta con la mayor valentía de todos los personajes a los policías del Tercer Reich al no responder al saludo “Heil Hitler” y al negarse a alojar a policías alemanes en su casa en el capítulo “Con la paz padre volverá a casa. Checos y alemanes conviven. Navidades” (Schwarz, 1981: 23-24). En el último capítulo de *La frontera —yo la percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste, 1945-1950*, a su llegada a Hannover, ella mantiene una postura de profunda nostalgia, sin silenciar el lamento de encontrarse cada vez más lejos de su casa, mientras el resto de la familia dirige sus esfuerzos a asentarse en el nuevo lugar (Schwarz, 1984: 104). El hogar es ya irrecuperable para esta generación, no concibe el concepto de reconstrucción del mismo. En ese mundo de crecimiento y progreso la voz de la abuela intenta recalcar su crítica al sufrimiento sin retorno causado por la injusta política de expulsión y al superficial proceso de reconstrucción de Alemania en la posguerra.

En contraste con esta postura profundamente nostálgica y crítica, la madre representa una voz moral y pragmática, menos emocional y menos combativa. De hecho, la madre intenta proteger su hogar de Bohemia sin enfrentarse a los poderes nazis

En contraste con la fosilización en forma de imágenes fijas y fijadas en la memoria, la familia Schwarz ha construido a través de su odisea de la expulsión un concepto híbrido de hogar, según el cual se va construyendo y reconstruyendo la imagen del hogar, que en parte está sujeta a un espacio determinado, en parte está construida sobre elementos más sociales y emocionales. La amistad será el elemento clave de salvación: cuando el primer hogar geográfico desaparece, la construcción de nuevas amistades y lazos emocionales posibilitarán a Liese Schwarz la construcción de un segundo hogar.

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS

Volveremos a encontrarnos: el destierro de una familia (Wir werden uns wiederfinden: die Vertreibung einer Familie, 1981)

Recolección de manzanas-Aviones en el cielo-No disparan sobre los niños

El cálido sol otoñal brillaba sobre la calle adoquinada del pueblo, brillaba también sobre la ladera de frutales, paralela a la cual transcurría la carretera. A los pies de la ladera se producía una bifurcación, un camino llevaba al interior del pueblo, el otro transcurría hacia el oeste. Sólo una estrecha senda, en los bordes florecían los cardos, seguía recto, pasando por la ladera hacia las montañas.

Caminamos a lo largo de la calle, un pequeño grupito, cargados de cestas y bolsas en las que queríamos recoger manzanas y nueces en la ladera, Madre, mi hermana Christl, mi hermano Wolfgang y yo. Wolfgang, de tres años, había llegado el primero a la senda: llegó y se tumbó en la hierba, con la cara cerca de los cardos, que estaban tan espinosos como suaves, y los acarició.

Christl tiraba de mí con el gran cesto marrón ladera arriba, tenía un año más que yo y ya iba al segundo curso. Detrás de nosotras venía madre. “Qué bonitos son” dijo “casi como estrellas caídas del cielo”. Madre se paró, se agachó junto a Wolfgang y contempló los cardos con él. Luego lo tomó de la mano y lo condujo hasta nosotras ladera arriba, hasta debajo de los manzanos. Recolectábamos las manzanas de las ramas más bajas, era un buen año de manzanas.

Y así se notaba en la gran cesta marrón. Madre pasó a la granja vecina para traer una escalera para el nogal. Venía con la larga escalera y la granjera cuando de pronto oímos el retumbar de aviones. Sobre la montaña aparecieron puntos oscuros, se hacían más grandes y se acercaban. [...] Estábamos tumbados en la hierba, veíamos la hierba, oíamos los aviones. El retumbo era ensordecedor, debían volar muy bajo sobre la ladera, el aire me apretaba hacia abajo. Después de un rato llena de miedo, cuando el ruido era cada vez menor, me atreví a levantar la cabeza. Oí las voces conocidas de madre y de la granjera y me senté.

El sol parecía tan cálido como antes. Vi las manzanas en el cesto y las bolsas, y sin embargo el día que había empezado tan amable había cambiado. Tenía miedo y no me deshacía de él. [...] “Vuelan al frente” dijo madre, “allí se está luchando y los aviones lanzan bombas.” Le pregunté por qué debíamos ir a cubierto, si no se estaba luchando aquí. “Eso nunca se puede saber bien” contestó madre dudando. “Hasta ahora los aviones raramente sobrevolaban nuestro pueblo. Probablemente hoy se han confundido” añadió rápidamente. “Y no disparan sobre niños” dijo Christl tan segura, yo se lo creí. “Pero si todavía no hemos recolectado las nueces” gritó madre, se subió a la escalera y agitó el nogal. Caían a montones, sobre nuestras cabezas y hombros. Las recogimos. En todo momento tuve que pensar en los aviones, ¿ya estarían en el frente y arrojarían allí bombas?

Ya no hablamos mucho más cuando bajamos por el sendero con las cestas y bolsas llenas; las estrellas que caían del cielo

brillaban aún al borde del camino. Caminamos por la Dorfstrasse hacia casa.

Refugiados-No pueden volver a casa, llega la noche

Era febrero del año 1945. Aún había nieve y hacía mucho frío. En casa ahora muy a menudo estaba encendido el receptor, así le decían entonces a la radio. A veces madre nos convocaba a todos, cuando se anunciaba algo importante. Nosotros esperábamos a que alguien dijera: “La guerra ha terminado y todos los padres vuelven a casa”. No podíamos oír bien las voces del receptor, se mezclaban zumbidos con otros cien ruidos de fondo. Por eso al final siempre preguntábamos: “¿Qué han dicho?”. Pero nunca llegaba lo que nosotros esperábamos. El receptor mantenía a todos en casa en tensión, a veces también con miedo y agitación. Todas las noticias sobre el transcurso de la guerra llegaban a nuestra casa a través de él.

Una noche Pavelka irrumpió: “El frente oriental se acerca. Los silesios huyen de los soldados rusos”. Esta noticia él no la tenía del receptor. Abuela, que por la noche siempre se sentaba durante largo rato al lado de la radio, tampoco la había oído. Debió de haber corrido como un reguero de pólvora de pueblo en pueblo. O... ¿es que los checos sabían más que los alemanes? Nosotros, los alemanes del norte de Bohemia, a los que se les llamaba también los alemanes de los Sudetes, éramos los vecinos occidentales de los silesios.

Sólo pocos días después de esta noticia los vimos, a los refugiados silesios. En su largo camino hacia el oeste ellos también vinieron a través de nuestro pueblo, por la Dorfstrasse, pasando por nuestra casa. A pie, con sacos, mochilas, bolsas y niños pequeños en los brazos. Algunos tiraban de carros, llenos de bultos y maletas. Pasaban por nuestra casa, no rápido pero constantes, sin pausa, una procesión sin fin de personas con aspecto cansado y triste. Caminaban en grupos, habían huído pueblos

enteros todos juntos, nos decían. Veíamos prácticamente sólo mujeres, niños, gente mayor, otra vez mujeres, niños, gente mayor.

“Nos volveremos a encontrar, si tenéis que marcharos de aquí”, nos venían a la mente otra vez las palabras de mi padre. ¿Por qué debían marcharse en mitad del invierno de sus casas calientes y de las acogedoras cocinas? ¿Quién los echaba? ¿Los soldados rusos necesitaban las casas? ¿Adónde se mudaban, uno detrás de otro, quién conocía el camino? Madre y abuela esquivaban nuestras preguntas: “Quizá puedan volver pronto otra vez a casa”, dijo abuela. Su voz no sonaba muy segura. [...]

Cuando los niños estábamos en la cama, en las camas calientes y suaves con edredón, intentábamos imaginarnos cómo todos ellos dormían en la clase [de la escuela]. En nuestra imaginación estaban acurrucados calientes bajo edredones tan blandos como los nuestros. No sabíamos que pasaban frío bajo sus abrigo y las pocas mantas y que entre ellos dormían niños pequeños con fiebre alta que se habían resfriado durante la larga marcha; tampoco sabíamos que había niños pequeños solos que lloraban mientras dormían, porque habían perdido a su madre o a sus abuelos en el éxodo entre las muchas personas extrañas. No sabíamos que entre ellos había personas ancianas que no podían mover sus pies llenos de heridas.

Mi madre llegó a ver la miseria cuando al día siguiente cocinó en la cocina de la escuela. Cuando vino a casa, nos tomó en brazos una y otra vez. “Qué bueno que aún estemos todos juntos, qué bueno que aún podamos quedarnos en casa. Tener que huir ahora en invierno es horrible. Muchos llevan días en el camino, todavía esperan poder volver a casa.”

Padre viene

[...] Nuestra familia volvía a estar junta, todos estábamos ahí. Padre nos contó cómo había ido a la frontera checa después de la guerra, cómo allí los refugiados y desplazados le habían

advertido de no ir a Checoslovaquia, cómo le habían dicho que todos los alemanes habían sido expulsados, cómo entonces había encontrado el mensaje de madre en la pared de la estación de Dresde, cómo había caído prisionero en manos de los rusos, cómo fue liberado y cómo nos había encontrado. Yo sabía que ahora todo estaba bien. [...] Con padre volveríamos a encontrar vivienda, un hogar con una cocina y un fogón de verdad.

La frontera –yo la percibía: niñez en Alemania del Este y en Alemania del Oeste 1945-1950 (Die Grenze –ich habe sie gespürt! : Eine Kindheit in Deutschland-Ost und Deutschland-West 1945-1950, 1984)

Principios de verano de 1946-¿Se puede perder un hogar y encontrar en seguida otro? ¿Cómo se convierte un nuevo país en hogar?

[...] Ya viene. [Ella] tiene el pelo estirado hacia atrás, lleva gafas. Puedo ver que es joven por sus medias blancas hasta la rodilla. Se pone delante de nuestra clase y dice: “Me llamo señorita Werner y ahora soy vuestra profesora”. Camina delante de nosotros en la clase con pasos ligeros.

Cuando todos estamos sentados debemos tener los lápices en la mano. Ella va por las filas y comprueba si todos están bien afilados. Después debemos abrir el cuaderno y debemos escribir “Geografía e Historia regional”. Algunos niños sólo tienen un pequeño bloc de papel gris, y es que hay pocos cuadernos de escribir en la papelería y además son muy caros.

La señorita Werner saca el puntero de detrás de la pizarra y se apoya en ella. El palo se dobla bajo su peso. “Se va a romper enseñada”, pienso. Ella mira a la clase y camina con el palo como si fuese su bastón de paseo.

“Primero vamos a hablar de lo que es hogar. Reflexionad y decidme lo que sabéis de vuestro hogar”. Algunos niños de Gößnitz

levantan la mano y dicen que su hogar está aquí en Gößnitz. Ahora habla Rotraud. “Mi hogar estaba en Prusia Oriental, después de la guerra tuvimos que huir de los rusos y desde entonces ya no tenemos hogar.” Después de Rotraud hablan también los demás niños refugiados. Hablan sobre su ciudad de origen o de su pueblo, lejos de aquí, cuentan que los polacos, rusos o checos los han expulsado.

Cuando Willi, el de las gafas con cristales gordos, dice: “Me gustaría volver a mi hogar, allí todo era más bonito”, la señorita Werner da un sonoro golpe con el palo.

“Ya es suficiente, no podéis lamentar por siempre la pérdida de vuestro pueblo y vuestra ciudad en el Este; tenéis que empezar de nuevo aquí”.

La señorita Werner está delante, mientras nos habla a la clase. “Escucha” continúa “cuando después de la escuela tienes hambre, ¿adónde vas?” Señala a Rotraud. “A casa”, dice ésta, sin dudar mucho. “Ves, lo dices tú misma, vas a casa y eso está aquí en Gößnitz, donde está tu madre. Y cuando estás cansada, ¿adónde vas entonces?” señala otra vez a Rotraud. “A casa”, dice ésta otra vez. “Pues ya lo ves y nadie haría algo tan tonto como volver a comer y dormir a Prusia Oriental”. Algunos niños ríen. Yo no, y Willi mira enfadado hacia delante.

“Por tanto, creo que ahora está claro dónde está vuestro hogar. ¡Dilo otra vez alto, tú!” Me señala realmente a mí, con el puntero, porque su mano no llega hasta mí. Yo sé dónde está mi hogar, de donde nos expulsaron en verano: en el pueblo Oberprausnitz, allí está mi casa, mi cama de verdad, mi jardín, mi alacena, mi patio.

“¿No lo sabes?” Prefiero no decir nada y muevo la cabeza. Ella llama a otro. Hablan sobre Gößnitz y sobre todo lo que debemos aprender. Creo que ella piensa que soy tonta. [...]

En casa le doy a abuela el ramo de campánulas: “¡Para ti!” digo. “Sí, qué bonitas son las campánulas, como en nuestro hogar”, exclama, “ahora también florecerán en casa en nuestros

prados. ¡Aquél era siempre un tiempo bonito!” Coloca el ramo en un vaso y toma con cuidado las campanillas. Veo cómo se alegra. Para abuela los alrededores de Gößnitz nunca serán el hogar, la señorita Werner puede contar lo que quiera. [...]

Principios de verano de 1949 —Potra es otra palabra para suerte— ¿y qué es la suerte?

Ahora ya no hay más “quizá nos quedemos aquí”. Realmente nos mudaremos a la zona occidental, a Hannover. Sólo abuela puede quedarse aquí en Gößnitz. Yo no. Abuela preferiría venir con nosotros, para no quedarse tan sola. Podríamos intercambiarlos. Pero madre no lo permite. “Cuando tengamos allí una vivienda, vendremos a buscar a abuela”, dice madre.

Mis amigos tampoco están de acuerdo con que yo me marche. Pero no se puede hacer contra la voluntad de los padres. Ellos tienen razones para el traslado. A veces creo, sin embargo, que madre también preferiría quedarse aquí. Lo veo en su cara, cuando le pregunto dónde viviremos en Hannover. Pero no lo confiesa, por lo menos no ante mí. Cuando madre volvió de Alemania Occidental, nos dijo que allí vamos a tener un nuevo comienzo: quizá allí conseguiremos pronto una vivienda mejor y padre un trabajo mejor.

Hace cuatro años ya empezamos de nuevo aquí en Gößnitz, cuando empecé dos veces el primer año de escuela. Cuando llegamos enfermos y cansados, expulsados de nuestra tierra, hace cuatro años, pudimos quedarnos a vivir aquí. Hemos logrado la amistad de los habitantes de Gößnitz.

Aún me acuerdo exactamente de los trenes repletos, de los campos de refugiados, del hambre, de la sed en las estaciones calurosas, de la excitación, cuando entraba un tren, de la aglomeración, del miedo a perder a madre. No quiero vivir algo así otra vez, no quiero. ¿Quién dice que no será un viaje así otra vez? Debemos conseguir pasar la frontera, debemos cruzar el

Telón de Acero. Madre no está segura de si lo lograremos, de si quizá deberemos volver, de si los puestos de vigilancia rusos no nos permiten pasar. [...]

Invierno 1949/50

¡Otra vez seguir teniendo esperanza, haciendo planes, trabajando! No hemos encontrado una verdadera vivienda nueva, sólo una vivienda provisoria. Dos habitaciones, cocina sin agua corriente, ningún baño.

Son demasiados los que necesitan vivienda: los afectados por las bombas, los refugiados, los expulsados. Pero hay un pequeño jardín con un huerto de patata y esperanza de tener verdura propia en verano. Poco a poco desaparecen las ruinas en el centro de la ciudad, en su lugar crecen las pequeñas tiendas con escaparates de colores, aquí y allí se construye un edificio alto. Optimismo por todas partes, ¡se está mejorando, ya lo veis, viene el bienestar!

Abuela viene a vivir con nosotros, más mayor, más frágil, con gran nostalgia del hogar, del pueblo en Checoslovaquia. “¡Alemania está en construcción!” suena fuerte en la radio nueva, entre música americana y las nuevas canciones alemanas de moda. Eso tampoco puede entender abuela. “Ahora estamos aún más lejos de casa”, dice. Pero los demás nos asentamos, también en el trabajo, nos instalamos otra vez desde cero, creamos otra vez amistades sólidas, nos relacionamos estrechamente con las asociaciones del barrio, de la ciudad, del país... ¿hacia qué futuro vamos?

ANNELIES SCHWARZ

Obras

- Wir werden uns wiederfinden: Die Vertreibung einer Familie.* München: DTV, 1981.
- Die Grenze, ich habe sie gespürt: Eine Kindheit in Deutschland-Ost und Deutschland-West.* München: DTV, 1984.
- Hamide spielt Hamide: Ein türkisches Mädchen in Deutschland.* München: DTV, 1986.
- Akuabo-sei willkommen: Reise in ein Dorf in Ghana.* München: DTV, 1990.
- Klippenmond.* Würzburg: Arena, 1995.
- Die Buchstabenhexe.* Bindlach: Loewe, 1997.
- Ich wär' so gern bei dir in Afrika.* Bindlach: Loewe, 1997.
- Meine Oma lebt in Afrika.* Weinheim: Beltz und Gelberg, 1998.
- Leselöwen-Taschengeldgeschichten.* Bindlach: Loewe, 1998.
- Schulsausflug mit Hindernissen und andere Schulgeschichten.* Würzburg: Arena, 1998.
- Bildergeschichten mit dem Weihnachtsmann.* Bindlach: Loewe, 1999.
- Jagd auf die Weltraumpiraten und andere Weltraumgeschichten.* Würzburg: Arena, 1999.
- Ein Pausenbrot für Charly und andere Schulweggeschichten.* Würzburg: Arena, 2000.
- Die Buchstabenhexe im Klassenzimmer.* Bindlach: Loewe, 2001.
- Ein Schultag voller Überraschungen: Schulgeschichten.* Würzburg: Arena, 2001.
- Heute übernachtete ich bei dir!* Bindlach: Loewe, 2001.
- Die Buchstabenhexe macht Ferien.* Bindlach: Loewe, 2002.
- Kleine Lesetiger-Hexengeschichten.* Bindlach: Loewe, 2002.
- Schule ist klasse!: Die schönsten Schulgeschichten.* Bindlach: Loewe, 2002.
- Sofie fliegt zur Schule: Schulweggeschichten.* Würzburg: Arena, 2002.

- Die Buchstabenhexe auf Abenteuerreise.* Bindlach: Loewe, 2004.
- Besuch aus Afrika!* Weinheim, Basel: Beltz und Gelberg, 2005.
- Hurra! Die Schule geht los.* Bindlach: Gondolino, 2005.
- Zitterknax zaubert Zahlenspaß.* Bindlach: Loewe, 2007.
- Dorthin, wo der Wald den Himmel trägt: Gedichte vom Unterwegssein.* Ústí nad Labem: Albis International, 2008.
- Die Abenteuer der kleinen Moorhexe.* Bremerhaven: Verlag für Neue Wissenschaft, 2011.

Estudios

- Friedrich-Bödecker-Kreis e.V. 2012. “Annelies Schwarz”, en: Autorinnen und Autoren. URL: http://www.boedecker-kreis.de/Autorinnen-Autoren.55.0.html?&no_cache=1&tx_wtdirectory_pi1%5Bshow%5D=956&cHash=18a144b578 (24/9/2012).
- Goethe Institut, 2012. “Annelies Schwarz”, en: Schreiben über Afrika. URL: <http://www.goethe.de/ins/za/prj/sua/gen/jul/aut/sch/deindex.htm>. (12/10/2012).
- Kunstverein Hochfranken selb e. V. “Annelies Schwarz”, en: *Programm 21.3.2010*. URL: http://www.kunstvereinhochfrankensalb.de/ProgrammAnnelies_Schwarz_Vortrag.html (12/10/2012).
- Schwarz, A. “Keine heile Welt”. En: *Hotzenplotz aus Osoblaha: Die böhmische Thematik im Werk Otfried Preußlers*. Ed. J. Kvapil, R.R. Neubauer y E. Seibert. Viena: Praesens, 2009. 56-61.